

# Una nueva etapa de *Runa*

## Cambios formales y temáticos en la revista durante la gestión de Ana María Lorandi (1984-1990)



Alejandra Ramos<sup>1</sup> y Carlos Chiappe<sup>2</sup>

doi: 10.34096/runa.v43i3.8786

1 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Etnohistoria. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico: alejandraramos\_@hotmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-1373-0523>

2 Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte. San Pedro de Atacama, Chile

Correo electrónico: carlos.chiappe@ucn.cl

 <https://orcid.org/0000-0002-1760-6004>

### Resumen

El restablecimiento de la democracia en Argentina en 1983 permitió una profunda reforma de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en general y de su Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) en particular. El Instituto de Ciencias Antropológicas fue dirigido entre 1984 y 1990 por la etnohistoriadora Ana María Lorandi (1936-2017), quien modernizó los estándares académicos, recuperando demandas históricas de los investigadores. Uno de los ejes de su gestión fue la reedición de *Runa* como medio de divulgación para las investigaciones antropológicas en un amplio sentido. Ana María se encontraba ya en esa época inserta en una red transnacional de andinólogos y había logrado instalar al Tucumán colonial en la agenda académica internacional. El objetivo de este artículo es analizar conjuntamente el contexto histórico y el desarrollo profesional de Lorandi para situar los cambios formales y temáticos que experimentó *Runa* durante su dirección y de qué manera su impronta marcó las ediciones posteriores.

### Palabras-clave

Ana María Lorandi; Universidad de Buenos Aires; Gestión Editorial; Redes transnacionales; Etnohistoria



## A new stage of *Runa*. Formal and thematic changes in the journal during the management of Ana María Lorandi after the return of the democracy in Argentina (1984-1990)

### Abstract

#### Key words

Ana María Lorandi; Universidad de Buenos Aires; Editorial management; Transnational networks; Ethnohistory

The reinstatement of democracy in Argentina in 1983 allowed a profound reform of the Universidad de Buenos Aires (UBA) in general and particularly its Institute of Anthropological Sciences (ICA). The Institute of Anthropological Sciences was led by the ethnohistorian Ana María Lorandi (1936-2017) between 1984 and 1990, years during which she modernized academic standards and restored researcher's historical demands. One of the axes of its management was the reissue of *Runa* as a means of disseminating anthropological research in a broad sense. At that time, Ana María was already part of a transnational network of andinologists and had managed to install colonial Tucumán on the international academic agenda. The objective of this article is to jointly analyze the historical context and professional development of Lorandi in order to establish the formal and thematic changes that *Runa* experienced during her direction and how her imprint marked subsequent editions.

## Uma nova etapa da *Runa*. Mudanças formais e temáticas na revista durante a gestão de Ana María Lorandi após o retorno da democracia à Argentina (1984-1990)

### Resumo

#### Palavras-chave

Ana María Lorandi; Universidad de Buenos Aires; Editorial management; Transnational networks; Ethnohistory

O restabelecimento da democracia na Argentina em 1983 permitiu uma profunda reforma da Universidade de Buenos Aires (UBA) em geral e do Instituto de Ciências Antropológicas (ICA) em particular. O Instituto de Ciências Antropológicas foi dirigido entre 1984 e 1990 pela etnohistoriadora Ana María Lorandi (1936-2017), que modernizou os padrões acadêmicos, recuperando demandas históricas dos pesquisadores. Um dos eixos da sua gestão foi a reedição da *Runa* como meio de disseminação da pesquisa antropológica em sentido amplo. Ana María já estava, na época, inserida em uma rede transnacional de andinologistas e conseguiu instalar a Tucumán colonial na agenda acadêmica internacional. O objetivo deste artigo é analisar, em conjunto, o contexto histórico e o desenvolvimento profissional de Lorandi para identificar as transformações formais e temáticas que a *Runa* experimentou durante sua direção e como a sua impressão marcou as edições subsequentes.

### Introducción

El restablecimiento de la democracia en Argentina en 1983 permitió el retorno de profesionales exiliados, abonando a la antropología y creando puentes internacionales, dándose impulso, al mismo tiempo, a la investigación desde el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). En general puede decirse que la Antropología se desestigmatiza y reingresa

a las Universidades (Ratier y Ringuélet 1997). Una faceta de este panorama bastante promisorio ha sido problematizada por Rosana Guber (2000-2001, 181), al señalar que

En este regreso la antropología social de los 1980 ya no era la misma que la erradicada en 1975-1976. Dado que la mayoría de los “hermanos mayores” no fue repatriada, y que la antropología existente se identificaba como Procesista, los antropólogos sociales más jóvenes intentaron recuperar la producción de los compatriotas exiliados, pero esta opción era sumamente trabajosa (...) Este acercamiento no era similar al de los 60-70, pues ahora los nuevos antropólogos sociales no disponían de una formación sistemática y sólida como sus predecesores, ni siquiera podían recordar su producción desde el debate más que de la mistificación. Así, los nuevos antropólogos sociales se vieron privados de desarrollar el diálogo fundacional entre teorías y categorías académicas, y teorías y categorías nativas (...). Ese diálogo fue suplantado por perspectivas más generalistas, abstractas y frecuentemente normativas.

En todo caso, sí puede señalarse que hubo importantes cambios a nivel institucional, como en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de su Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA). En efecto, el ICA pasó a ser dirigido entre 1984 y 1990 por Ana María Lorandi (1936-2017), quien lo reestructuró recuperando las demandas de nuevas generaciones de antropólogos y antropólogas. Creó la Sección Antropología Social y la Sección Etnohistoria, al fundar esta última sentó las bases locales de su campo de estudio. En tanto directora del ICA tuvo a cargo también la edición de la revista *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, que había sido prácticamente discontinuada.

Lorandi se formó como historiadora desde mediados de la década de 1950 en la Universidad del Litoral, en una carrera con fuerte influencia de la Arqueología y la Antropología. El paso por allí de Alberto Rex González la vinculó a la Nueva Arqueología que se cimentaba por medio de las investigaciones en el Noroeste argentino. Dirigió posteriormente sus propias excavaciones en la provincia de Santiago del Estero. Como a muchos otros científicos, en 1966 la dictadura de Onganía la llevó a renunciar a su puesto docente, doctorándose sin embargo un año después y pasando inmediatamente a la Universidad de La Plata (Torres, Gesteira y Hirsch, 2011, p. 155).

Comenzó a interesarse por la Etnohistoria luego de haber conocido en 1967 en Perú a John Murra y de realizar una estancia en Francia en la década de 1970. En París realizó un posgrado en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) y se vinculó al equipo de Nathan Wachtel. Por aquella época Lorandi empezó a alejarse de la Arqueología, disgustada por la primacía de los abordajes cuantitativos en boga (Ramos y Chiappe, 2016). Su incorporación a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se dio luego de este pasaje por las universidades del Litoral, La Plata y L'École; itinerario inicial que grafica muy bien su recorrido por la Historia, la Arqueología y la Etnohistoria.

Habiendo escrito ya sobre otros aspectos de la trayectoria profesional de Lorandi (Ramos y Chiappe, 2016; Zanolli, Ramos y Chiappe, 2016), en este artículo nos detendremos en su rol como editora de *Runa*. Nuestro trabajo, por lo tanto, se incluye en una línea de pesquisa que analiza el desarrollo de las disciplinas a través de las publicaciones científicas (cfr. diferentes trabajos en este dossier y otros como Kligmann y Spengler, 2016; Alvarado, Soto y Ortega-Loubon, 2012; Dosne Pasqualini, 2012; Dosne Pasqualini y Kotsias, 2000). Asimismo, la aparición de textos etnohistóricos en *Runa* será retomada

como parte de un proceso de extensión de este campo interdisciplinar, con la debida historización y contextualización de las condiciones de producción del mismo (cfr. Cerletti, 2017).

El material de análisis consiste en los volúmenes bajo su dirección, las editoriales de quienes ocuparon su mismo rol a lo largo de la historia de *Runa* y correspondencia establecida por Lorandi en tanto editora de la revista. Los volúmenes corresponden a tres ediciones simples —XIV (1984), XV (1985) y XVI (1986)—, una doble XVII-XVIII (1987-1988) y un último volumen simple —XIX (1989-1990)— en el que compartió el cargo de editora con el director del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, José Pérez Gollán. Se analizarán los artículos generados por miembros de la Sección Etnohistoria, por colaboradores en proyectos allí radicados y por investigadores conectados a la revista a través de la participación de Lorandi en las redes de Etnohistoria andina. Las editoriales de Lorandi son contrastadas con las elaboradas por Imbelloni (1948), Bórmida (1968), Berenguer Carisomo (1981) y Herrán (2002). En ellas exploraremos cómo aparece el alcance local/regional/mundial de la revista, su objetivo, el desarrollo disciplinar, los estándares académicos, la pluralidad dentro de las Ciencias Antropológicas y las tensiones interdisciplinarias. Por último, la correspondencia analizada incluye tanto a investigadores como a profesionales en puestos de gestión institucional. Limitamos aquí el tratamiento de aquellos documentos que expresamente se refieren a *Runa*, pero, por supuesto, nuestras investigaciones previas sobre la figura de Lorandi y sus comunidades académicas de pertenencia servirán de complemento para el análisis de los materiales mencionados.

Iniciamos este artículo ubicando la labor editorial de Lorandi en el marco de las gestiones precedentes y de la inmediatamente posterior. A continuación analizamos dos aspectos específicos durante la gestión de Lorandi: el impulso a las publicaciones etnohistóricas en *Runa* y las tensiones de la comunidad de antropólogos de la UBA que se manifiestan en la revista. Por un lado, a través de los cambios de enfoque y su diversificación presentes en la revista, veremos como la Etnohistoria encontró una nueva vía de publicación. Por otro, mostraremos cómo las editoriales y los diferentes comités dan cuenta de la profesionalización, el crecimiento de los antropólogos y los vínculos entre las distintas generaciones. A modo de cierre, propondremos en qué sentido la gestión del Lorandi supuso una nueva etapa de *Runa*.

## La dirección de Lorandi en contexto

Desde el primer momento en que Lorandi ocupó el puesto de directora del ICA se interesó por relanzar *Runa*. Tal como lo expresó en una carta al historiador peruano Franklin Pease, su propósito era publicar “trabajos de nivel internacional, realizados por extranjeros y por compatriotas, sobre temas antropológicos de nuestro país o de América” (Lorandi, 1984a). Para dimensionar las características específicas que adquirió *Runa* durante su gestión es necesario enmarcarla en el desarrollo de la revista.<sup>1</sup>

1. Ver Guber (2022) en este dossier, cuyo trabajo presenta un recorrido detallado del desarrollo de la revista.

La publicación apareció desde el primer número bajo el nombre *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*. Si nos atenemos a la conformación del número 1 (1949), que incluye artículos, extractos y contribuciones de investigadores locales, una tupida sección de reseñas de obras de todo el mundo (23) y noticias sobre eventos académicos internacionales (por ejemplo sobre el XXXIX *International Congress of Americanists (ICA)* de Nueva York, investigaciones en

Perú, Alemania, España, Finlandia y Francia), el título parece indicar el intento de generar un instrumento capaz de dar a conocer y preservar —en papel— las actualizaciones de la Antropología contemporánea a nivel local e internacional.

En un contexto local signado por el poco desarrollo de las publicaciones académicas (aunque con antecedentes destacados como *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, de 1944), la revista se planteaba como archivo al que acudir para llenar esos vacíos a través de la experiencia de los especialistas locales que participaban de las redes internacionales. La necesidad de hacer referencia a lo que pasaba en academias en donde la Antropología llevaba más tiempo de desarrollo evidencia —en su aspecto negativo— los escarceos dependientes en nuestro país, pero además —y como otra cara de la moneda— una voluntad de apertura en la intención de nutrir la de los diversos avances en el mundo.

El archivo propuesto se generaba así desde los intereses y miradas de estos actores particulares. Este espíritu que imprimió la dirección de Imbelloni, que pensaba la revista como reservorio de todo lo que a un antropólogo le pueda interesar, se perdió a partir de 1959. A partir de ese momento dejaron de publicarse noticias o crónicas y se publicaron casi exclusivamente artículos. Sin embargo, la impronta que sí permaneció es la de la revista como órgano de difusión de lo que producía el ICA. Esto recién empezó a modificarse en la gestión de Lorandi, pero sobre todo en la de Carlos Herrán, en sintonía con cambios que se produjeron en las revistas académicas en general.

Hasta el día de hoy (40 volúmenes) sólo se publicaron en *Runa* siete presentaciones/editoriales: Imbelloni (1948), Bórmida (1968), Berenguer Carisomo (1981), Lorandi (1984, 1985), Lorandi y Pérez Gollán (1989-1990), Herrán (2002).<sup>2</sup> Estas se vincularon a cambios de dirección, a la reedición después de un lapso sin publicar y, en un caso, al aniversario de la revista. En contraposición a lo que se podría imaginar, no se editorializó en relación a cada cambio de dirección o en todas aquellas ocasiones en que un volumen se publicó poniendo fin a un período de discontinuidad. Llama la atención además que, de las siete editoriales elaboradas en cuarenta años, tres fueron publicadas en los siete años que Lorandi dirigió la revista.

En las editoriales encontramos temas recurrentes, tales como el alcance local/regional/mundial de la revista, su objetivo, el desarrollo disciplinar, los estándares académicos, la pluralidad dentro de las Ciencias Antropológicas y las tensiones interdisciplinarias más o menos veladas. Es de interés observar cómo fue mutando el sentido asignado a cada tópico y cómo se conectaron estos entre sí. Reservaremos el análisis de las tensiones y los estándares académicos para un apartado posterior y nos enfocaremos aquí en el alcance de la revista, en el desarrollo disciplinar y la pluralidad de las Ciencias Antropológicas.

En la primera editorial, Imbelloni (1948) realiza una comparación con otras revistas de países centrales a partir del nombre de la misma, con un sentido similar al de la británica *Man*. Al tiempo que se proyecta a *Runa* en ese horizonte mundial, se declara que no hay nada igual en América del Sur y se erige al ICA como representante de la Antropología de todo el país. En las dos editoriales siguientes se mantiene este tono, aunque con menor énfasis. En las editoriales de Lorandi, la importancia de *Runa* es valorizada en términos más regionales y plantea que su lugar se encuentra entre otras revistas americanas. Esto no impide que haga referencia constante a los estándares internacionales de validación (que remiten nuevamente a los países centrales) a los que debe

2. Además de las editoriales encontramos otros textos de presentación, por ejemplo, de *dossiers* temáticos. Estos resultan de interés más en relación a hitos generales de la disciplina que a momentos específicos del desarrollo de la revista.

aspirar la revista. Recién con Herrán (2002), además de las habituales referencias a lo mundial y lo continental, aparece un claro reconocimiento a otros desarrollos institucionales de la Antropología en Argentina y la propuesta de dialogar con ellos.

Con respecto al objetivo de la revista, la idea más persistente en las editoriales es la de difundir las producciones propias del ICA<sup>3</sup> y generar un impacto de la Antropología argentina (léase del ICA) en la comunidad académica internacional. Mientras en el caso de Imbelloni encontramos referencias sobre la contribución al desarrollo nacional y la idea de una vinculación casi en términos de funcionarios del gobierno, como agentes de la integración, Lorandi y Herrán hacen foco en el abordaje de problemáticas sociales contemporáneas, remarcando la relevancia de las investigaciones, pero sin establecer un vínculo directo con la gestión política. Por otra parte, en la editorial de Lorandi de 1985 —publicación del discurso que pronunció en la presentación de la edición de 1984— apareció por primera y única vez una mención al vínculo de la revista con la docencia universitaria. La propuesta consistía en posicionar a *Runa* como proveedora de material bibliográfico para las refundadas cátedras de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras.

El hecho de que *Runa* se iniciara con la creación del ICA (1947-1948) tuvo dos consecuencias principales. Por un lado, puso fin a la publicación del museo Etnográfico, ya que este pasó a constituirse en un anexo del ICA. Se iniciaron así los vaivenes entre el museo, la revista y el instituto que, hacia el final del periodo de Lorandi, llevaron a una codirección efímera de la revista.<sup>4</sup> Por otro lado, el instituto que se creó fue de Ciencias Antropológicas, en plural, hecho que impactó en el perfil de la revista. Debido a que por mucho tiempo el principal objetivo de la revista fue dar a conocer la producción de ICA, las redefiniciones que encerraba aquel plural se manifestaron en el contenido de sus páginas.

Imbelloni (1948) describió un instituto interesado simultáneamente en la Antropología Biológica y en la Antropología Cultural, organizado de acuerdo a tres orientaciones disciplinares: Morfológica, Arqueológica y Etnografía (la orientación etnográfica se ocupaba del Folklore y la Lingüística). Sin embargo, las denominaciones y segmentaciones fueron cambiando con los años, incluso bajo esta misma dirección. En 1950 se mencionan tres secciones: Antropología y Etnografía (anexas a la dirección) y Arqueología (bajo la dirección de Eduardo Casanova). Para el volumen IX (1958-1959), la revista tenía un consejo de redacción, sin director, compuesto por Marcelo Bórmida, Enrique Palavecino, Ciro René Lafón (directores respectivamente del ICA, del Instituto de Arqueología y del museo Etnográfico) junto a Osvaldo Menghín (arqueólogo) y Armando Vivante (etnólogo).

En el volumen XIII (1-2) de 1976-1980, Marcelo Bórmida aparece como director de *Runa* durante los primeros dos años (tras su muerte la dirección quedó a cargo de su esposa Amalia Sanguinetti) y se mencionan sólo dos secciones: Folklore, en manos de Berta Elena Vidal de Battini, y Etnología, que tiene como jefe a Andrés Pérez Diez. Para el número de 1985 ya hay una configuración más completa: Prehistoria (Ana Aguerre), Etnohistoria (Marta Ottonello), Folklore (Martha Blache) y Antropología Social (Carlos Herrán). En las entrevistas que hemos realizado a integrantes del ICA, el recuerdo compartido es que en estos años se crearon las secciones de Antropología Social y Etnohistoria (Zanolli *et al.*, 2010). Es decir, no habría antecedente de estos espacios en los

3. Como mencionamos, en este punto hay un cambio significativo en la gestión editorial de Herrán (2002), en estrecha relación con modificaciones más generales de la política de las publicaciones académicas.

4. La codirección entre el museo y el ICA se mantuvo hasta el volumen XXII de 1995. Luego se produjo una pausa en la edición y, cuando esta se retomó en 2002, la dirección volvió a recaer exclusivamente en el ICA.

diagramas previos, mientras las otras secciones del instituto parecen continuar.<sup>5</sup> Aunque, según hemos visto, en el devenir de las secciones no hay mucho que se asemeje a la idea de continuidad.

La editorial de Herrán (2002), que coincide con la publicación de la revista luego de una interrupción de siete años, y celebra los cincuenta años de *Runa*, permite completar esta idea. Cuando Herrán (2002) repasa las especialidades que incluía la Antropología Cultural de Imbelloni, las organiza en Arqueología, Etnología y Folklore. Si comparamos esto con la propuesta de 1948 observamos que no es del todo fiel: la Morfología está ausente, Etnología reemplaza a Etnografía y Folklore adquiere el mismo nivel que Arqueología y Etnología. Pero si lo contrastamos con las secciones tal como se encontraban en ese año, vemos que permite afirmar una continuidad. En 2002 la organización en secciones se presenta como sigue: Etnología y Etnografía (Alejandra Siffredi), Etnohistoria (Ana María Lorandi), Antropología Social (Mabel Grimberg), Arqueología (Hugo Jacobaccio), Folklore (Ana María Dupey) y Antropología Biológica (Francisco Raúl Carnese).

Es en base a esa tradición recreada que el director puede afirmar “la estructura actual del Instituto de Ciencias Antropológicas, conserva actualmente estas orientaciones, organizadas en Secciones” (Herrán, 2002, p. 7). No podemos más que suponer que algún tipo de continuidad era necesaria, ya que esta no estaba dada por la persistencia de las publicaciones —justamente era el primer número que se editaba en siete años— o de la forma de hacer Antropología, ya que Herrán se encargaría en las siguientes páginas de detallar todas las diferencias que encontraba entre la Antropología que le era contemporánea y la de sus predecesores, consistente en un cambio teórico de lo cultural a lo social.

En cuanto a las permutaciones que se dieron en las formas de hacer Antropología, en la editorial de Lorandi de 1985 se destacan dos menciones en relación al objeto que no habían aparecido hasta ese momento. Si bien “*Runa* ha sido siempre una revista multidisciplinaria, que ha albergado en sus páginas todas las especialidades de la Antropología” era necesario explicitar que eso significaba que los autores “tendrán que hablarnos del presente o del pasado, de los aspectos sociales o biológicos del hombre, tendrán que contarnos y explicarnos cosas sobre las sociedades de los ‘otros’ y sobre el ‘nosotros’” (Lorandi, 1985, p. 9). La posibilidad de estudiar a un “nosotros” va de la mano, sin lugar a dudas, de transformaciones más generales en la disciplina. La referencia tanto al presente como al pasado puede parecer más ligada a los propios intereses académicos de Lorandi y a su deseo de reafirmar a la Etnohistoria como parte de la Antropología. Sin embargo, es innegable que la posibilidad de esta distinción es también hija de las renovaciones generales de la disciplina.

Aunque la articulación de las plurales Ciencias Antropológicas nunca había sido tarea sencilla —ya decía Imbelloni (1948) que se debía evitar “con diligencia suma que se incurra en vinculaciones ficticias entre una y otra rama” (p. 6)—, las secciones ya no parecían dar cuenta simplemente de orientaciones dentro de la Antropología, sino de la conformación de campos disciplinarios (Lorandi y Pérez Gollán 1989-1990) o de subdisciplinas, siguiendo a Herrán (2002). La diversificación de las últimas décadas del siglo XX era parte de la creciente especialización de las ciencias y de los múltiples cruces entre esos espacios cada vez más fragmentados.

5. En el siguiente apartado veremos cómo se manifestó en la revista, durante la gestión editorial de Lorandi, el espacio ganado por la Etnohistoria en el ICA. Para un examen de los vaivenes que atravesó la Antropología Social durante el mismo período véase Balbi (2022), en este *dossier*.

## La dirección de Lorandi y la Etnohistoria en *Runa*

La gestión de Lorandi se caracterizó, entre otras cosas, por hacerle un lugar a la Etnohistoria. No planteamos aquí que no hubiese interés en *Runa* por lo que ampliamente podría denominarse historia indígena, con variados insumos (por ejemplo Bórmida, 1951; Hammerly Dupuy, 1952; Ballesteros-Gaibrois, 1954; Carlucci, 1957; Schobinger, 1959; Palavecino, 1959) y tampoco que no pueda hablarse de Etnohistoria en la revista antes de 1980, ya que en Alcina Franch (1967) aparece tal categoría. Como figura de fuerte impronta, es interesante el caso de Imbelloni, quien venía publicando libros en base a fuentes documentales editadas (Imbelloni, 1940, 1946), pero que en *Runa* dio un paso más, interesándose en fuentes no convencionales, como las tabletas con inscripciones jeroglíficas de la Isla de Pascua (Imbelloni, 1951).

Lo que queremos decir es que el impulso dado a la Etnohistoria andina como campo interdisciplinar a partir de 1970 por referentes como John Murra (Ramos, 2016), y su impacto local, redefinió el contenido del término. La idea de “ver el panorama etnohistórico”, abundantemente proclamada antes, se relacionaba más ciertamente con analizar las características de las sociedades indígenas “tal como se desprendían” de las fuentes documentales publicadas (es decir, algo acriticamente), que con el modelo teórico de cuño murriano y su forma de construcción de conocimiento de carácter interdisciplinario, tal como empezará a implementarse con sistematicidad a partir del desarrollo de la Nueva Etnohistoria (Ramos, 2016). Veamos esto con más detalle a través de los artículos publicados en *Runa* entre 1984 y 1990.

Entre los que destacaremos del número 14 se encuentran Lorandi (1984b), Tarragó (1984) y Del Río y Presta (1984).<sup>6</sup> En “Pleito de Juan Ochoa de Zárate por la posesión de los indios ocloyas”, Lorandi (1984b) indaga —para el Noroeste argentino y la época colonial temprana— la factibilidad de la existencia del sistema de control vertical modelizado por Murra y la aplicación del mismo en el marco del sistema estatal a través de archipiélagos multiétnicos. Aunque el análisis no permite aseverar la pertinencia del citado modelo ni la existencia de un sistema estatal de archipiélagos, el artículo aporta porque permite pensar el modelo para una zona periférica a través de preguntas asimilables a la práctica antropológica/etnohistórica, como el interés por el parentesco y las relaciones interétnicas, la vinculación entre entidades menores y Estado, la persistencia de instituciones preincaicas (*mit'a*), los derechos sobre el territorio y la fuerza de trabajo, entre otros.

En “El contrato hispano-indígena: La provincia de Chicoana”, Tarragó (1984) se plantea aportar evidencias arqueológicas para contribuir al estudio etnohistórico de las poblaciones indígenas del Noroeste argentino en el siglo XVI. El artículo está —por lo tanto, y al menos en lo que refiere a marco espacio-temporal— en estrecha relación con el de Lorandi (1984b). Tarragó destaca la importancia que habían adquirido para las investigaciones de la época los estudios interdisciplinarios precisando —dentro de este marco— a la Etnohistoria como un proyecto interdisciplinario multiparticipativo. La autora también indica la necesidad de avanzar en la investigación archivística para aumentar el acervo de lo conocido (las fuentes editadas y/o ya analizadas) entendiendo que era en archivos de menor porte en donde podían hallarse nuevas —por lo desconocidas y por el nuevo tipo— fuentes documentales.

En “Un estudio etnohistórico en los corregimientos de Tomina y Yamparaes”, Del Río y Presta (1984) analizan la presencia de población multiétnica en Sucre

6. A estos artículos de corte propiamente etnohistórico (en los términos indicados), vale la pena sumar la mención del texto de Cardoso de Oliveira (1984) con el que abre el primer número de *Runa* editado por Lorandi. Se trata de una transcripción de la conferencia brindada en la XIV Reunión Brasileña de Antropología. En la misma se analiza la historia disciplinar proponiendo la coexistencia en el tiempo de cuatro paradigmas definidos por la pertenencia a una tradición intelectualista o una empirista y por un abordaje sincrónico o diacrónico. Resulta llamativa la inclusión de este texto como primer artículo del primer número editado bajo la dirección de Lorandi; no solo porque propicia un espacio de reflexión sobre la propia disciplina, sino porque en el argumento del mismo aparece recurrentemente la importancia de la categoría tiempo para entender en qué tipo de tradición nos situamos en el ejercicio de nuestra práctica disciplinar. Entendemos que el objeto de la inserción del texto es legitimar la temporalidad como interés, el pasado como objeto de la Antropología.

(Bolivia) durante los siglos XVI y XVII y la posibilidad de identificarlos como *mitmaqunas* o colonos. Las conclusiones se orientan a proponer que las causas de la multietnicidad zonal en la época colonial se relacionaron con la implementación de colonias multiétnicas por parte de los incas, con el objeto de desarrollar funciones militares en la frontera oriental, para prevenir las incursiones de los chiriguano y las tensiones fronterizas que estos provocaban.

En el número 15 de 1985 no hay artículos de corte etnohistórico, pero sí destacaremos tres elementos: la inauguración de secciones temáticas, la aparición de proyectos de investigación y un artículo de Nathan Wachtel. En primer lugar, la revista inauguró secciones —en este caso de Etnología y Folklore, de Arqueología y de Antropología Biológica, y en 1986 otra de Etnohistoria— agrupando así los artículos que antes aparecían sin discriminación de líneas de investigación. Las secciones de la revista fueron variando entre cada número y no necesariamente coincidieron con las del instituto y, al finalizar la dirección de Lorandi, se eliminan y volverán a surgir recién en 2007. En segundo lugar, se listaron los Proyectos de Investigación y Desarrollo (PID) financiados por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) afincados en el ICA. Sabemos así que Lorandi dirigía el de “Estudio etnohistórico de la comunidad indígena del campesinado en el área andino meridional” y que había tres becarios en temas de Etnohistoria. Como señaló Lorandi en una entrevista, en la UBA inmediatamente pudo presentar becarios, lo que —sumado a la experiencia en cómo presentar proyectos, proveniente de sus antecedentes en Arqueología— le permitió sumar pronto nuevas plazas. A eso se debió que el ICA tuviera en la UBA y en el CONICET más fondos y más becarios en esos primeros años que el resto de las carreras de la Facultad de Filosofía y Letras (Torres, Gesteira y Hirsch, 2011).

Finalmente, en este número se publicó una etnografía de Wachtel (1985) traducida por Lorandi y Acuña: “La cuadratura de los dioses. Ritos y trabajos entre los chipayas”, que analiza diferentes ritos entre los *chipaya* de Bolivia. Aunque el artículo es de corte etnográfico, el autor era ya por entonces un claro referente en el campo de la Etnohistoria. Sabemos que Wachtel, consultor externo de la revista con quien se había relacionado Lorandi en París, fue profesor visitante de la Facultad de Filosofía y Letras en 1984 y que se comprometió a enviar este texto a la revista (Lorandi, 1985).

El número 16 es destacable porque inauguró la Sección de Etnohistoria, en donde se publicó un solo artículo, de Miguel Ángel Palermo (1986), y —además— porque en la sección documentos se publicó la versión paleografiada por Florencia Roulet de una fuente del Archivo General de Indias, titulada “Documento del Archivo de Indias: Repartimiento de los indios que se reparten de mita al Cerro Rico de las minas e ingenios y soldados en la villa de Potosí y público, en 3 de septiembre de 1633” y un artículo de Rodríguez Molas (1986) en base al mismo documento.

El trabajo de Palermo (1986), “Reflexiones sobre el llamado ‘complejo ecuestre’ en la Argentina” introduce un nuevo ámbito geográfico: las llanuras de Pampa-Patagonia y Chaco, donde el uso del caballo fue incorporado por pueblos originarios que tenían estrategias de movilidad muy diferentes a los del Noroeste argentino. Además de discutir aquí el uso ambiguo e indefinido de la categoría *complex horse*, el autor señala como erróneas las interpretaciones que daban a entender que se trataba de un conjunto de rasgos culturales y que indicaban una etapa en la organización económica y social de los grupos. El artículo postula que el proceso de adopción del caballo entre diferentes

etnias fue ampliamente variable, y que lo más notable del mismo fue que llevó a integrarlas a los mercados regionales en diferentes formas, lo que creó una dependencia económica con la sociedad dominante, en particular por la necesidad de adquirir bienes manufacturados.

El artículo de Rodríguez Molas (1986), por su parte, se basa en una fuente que da cuenta de un repartimiento de indios para la *mita* de Potosí hecho en 1633. Es más claramente un trabajo de Historia Económica que de Etnohistoria y con un nivel de análisis no muy detallado. Opera como una ampliación explicativa de la fuente publicada y se entiende por lo tanto que no haya sido incluido en la Sección de Etnohistoria.

En el número 17/18 vuelve a aparecer la Sección de Etnohistoria, con artículos de Lorandi y Bunster (1987-1988) y Lorandi y Boixadós (1987-1988). De importancia es también la reseña del libro “La participación de los indígenas en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX” de Harris, Larson y Tandeter (Lorandi, 1987-1988). Este forma parte de lo que hoy puede verse como una trilogía conformada por obras colectivas sobre economía, rebeliones y reproducción y transformación social que tuvieron mucha influencia en nuestro país, junto con el libro de Stern (1990) y el de Moreno Yáñez y Salomon (1991).<sup>7</sup>

El argumento del libro es

el de la imposibilidad de postular características específicamente andinas que impliquen una prolongada y unívoca historia de resistencia a las fuerzas coactivas y/o libres del mercado [...] Por tanto, adquiere un particular relieve el concepto de estrategias de los actores andinos para enfrentar estas coyunturas [coloniales y republicanas]. Estrategias que [...] incluyen modos específicamente andinos de respuesta al estado y al mercado. Estrategias andinas que se mueven en los márgenes que las fuerzas globales permiten, pero que, a su vez, ponen límites a esas fuerzas e influyen sobre ellas (Harris, Larson y Tandeter, 1987, p. 39).

Es notable el uso de la categoría *estrategias* como una heurística para avanzar en el estudio del cambio y la continuidad social. Al respecto, Stern ha señalado que las tres obras citadas procuraron “analizar las diversas formas en que los pueblos andinos han participado *en* y respondido *a* los mundos sociales, económicos, culturales y políticos en que se desarrollaron” (Stern, 1990, pp. 13-14). Desde nuestra perspectiva, este enfoque constituye uno de los aspectos centrales de la práctica etnohistórica de la época (Ramos y Chiappe, 2018, 2020).

De importancia también es que en la publicación de Harris, Larson y Tandeter (1987) aparezca la categoría de *Nueva Etnohistoria*, retomada en nuestro país por Lorandi y Del Río (1992). En nuestras investigaciones sobre el desarrollo de la Etnohistoria en Argentina, Bolivia, Chile y Perú, nos preocupamos por aclarar que tal categoría es de carácter cambiante y que debe por lo tanto ser siempre referenciada a los diferentes contextos temporales y espaciales de uso (Ramos, 2016; Chiappe, 2018). En el momento que tratamos es innegable la predominancia de la corriente renovadora de la Nueva Etnohistoria. Esta empezó a sedimentarse a partir de la década de 1970, tuvo como principal referente a Murra y un ámbito de aplicación preferentemente andino. La Nueva Etnohistoria tiene algunos rasgos distintivos: (a) un sujeto de estudio, el llamado “mundo indígena”, ya sea en la época anterior o posterior a la Conquista y tomando en cuenta las relaciones establecidas con otros colectivos sociales, indígenas o no; (b) el abordaje interdisciplinario, ya sea de un

7. Estas obras surgieron de tres eventos originados en 1981, cuando se realizó una reunión en el Social Science Research Council (New York) con el objeto de “estimular el desarrollo de un nuevo proyecto de investigación colaborativa que reuniría a historiadores y antropólogos, cuyas investigaciones recientes sobre sociedades andinas abrían nuevas perspectivas en el campo” (Harris, Larson y Tandeter, 1987, p. 14). Participaron de esta Carlos Sempat Assadourian, José María Caballero, Magnus Mörner, John Murra, Silvia Rivera Cusicanqui, Karen Spalding, Enrique Tandeter, Brooke Larson y Steve Stern (Stern, 1990, p. 13). A partir de la misma, Larson y Stern elevaron un proyecto que dio lugar a tres conferencias interrelacionadas. La primera, que se desarrolló en Sucre en 1982, se denominó “Penetración y expansión del mercado desde el siglo XVI hasta el siglo XX” y generó la publicación de Harris, Larson y Tandeter (1987). La segunda sesionó en Madison en 1984 bajo el título “Resistencia y rebelión en el mundo andino, siglos XVIII y XX” y sus resultados fueron volcados en el libro compilado por Stern (1990). La tercera conferencia, que tuvo lugar en Quito en 1986, se llamó “Reproducción y transformación de las sociedades andinas, siglos XVI-XX” y dio lugar a la obra compilada por Moreno Yáñez y Salomon (1991).

mismo investigador incorporando fuentes de información históricas, arqueológicas y etnográficas o de un equipo de investigación con especialistas de distintas disciplinas; (c) el uso de fuentes novedosas abordadas con “mirada antropológica”, lo cual incluía, un trabajo previo de pesquisa archivística y la aplicación de preguntas y conceptos de cuño antropológico y de modelos teóricos; (d) una impronta regional en las investigaciones; y (e) un intento de superar las visiones dicotómicas y focalizar en cambio en los entramados de sistemas que se producen durante la colonia (Chiappe, 2018). Seguiremos con la descripción de los artículos para no cortar el hilo temporal, pero al final del apartado retomaremos el tema para ver en qué sentido las publicaciones de *Runa* estaban alineadas con estas ideas.

El artículo de Lorandi y Bunster (1987-1988) “Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial. Los valles calchaquíes” es una reflexión metodológica sobre el abordaje de fuentes históricas que hacen un análisis de las categorías etnológicas y espaciales contenidas en series controladas de documentos que tienen una coherencia interna (Lorandi y Bunster, 1987-1988).<sup>8</sup> El Tucumán colonial (sinónimo en variante político-administrativa del Valle Calchaquí) se plantea como una periferia por ser frontera del imperio, presentar escasez de excedentes económicos y tener una baja densidad poblacional. A efectos de la investigación, estas características llevaron a una escasez de información relevante en las fuentes, en particular por la ausencia del tributo y sus datos sobre las características de la población. Esta realidad imponía “ajustar la metodología e intensificar los controles a situaciones específicas”, ya que no se podía aplicar el mismo patrón de análisis que en los Andes centrales (Lorandi y Bunster, 1987-1988, p. 223).

8. Los documentos utilizados son de variado tipo (probanzas de méritos y servicios, cartas y autos), relativos al Valle Calchaquí y a un espacio temporal de más de un siglo que va desde los comienzos de la conquista (1543) hasta la sofocación de la resistencia y la desnaturalización de los indígenas (1665).

Dado que los documentos coloniales permitían solo una aproximación limitada al conocimiento de la estructura social indígena, era imperioso atender a un análisis crítico del discurso que evitaría riesgos de interpretación y permitiría —además— descubrir los “límites de la etnología histórica” del Tucumán colonial (Lorandi y Bunster, 1987-1988, p. 221 y 257).

En el artículo de Lorandi y Boixadós (1987-1988), “Etnohistoria de los Valles Calchaquíes en los Siglos XVI y XVII”, las autoras abordan el problema de la identificación y localización de los diferentes grupos étnicos que resistieron la conquista española. Destacan que la “cohesión, las estrategias y los valores” de los habitantes fueron cambiando en razón de las diferentes presiones externas mostrando en el proceso una evolución hacia la desestructuración política de los indígenas. A pesar del saldo negativo, se rescata que el sistema sociopolítico mostró una gran flexibilidad, visible en la incorporación a la lucha de diferentes grupos. Esta, a su vez, fue causa continua de un conflicto interno que erosionó la capacidad de acción y de resistencia frente al enemigo común (Lorandi y Boixadós, 1987-1988, p. 406).

El año 1990, último que tomamos en consideración pues luego Lorandi dejó de dirigir la revista, la Sección de Etnohistoria publicó un artículo de Lidia Nacuzzi (1990) y otro de Leonardo Solís (1990). Nacuzzi se incorporó al plantel de la Sección de Etnohistoria ese mismo año, comenzando a desarrollarse entonces la Etnohistoria de Pampa-Patagonia. El artículo de esta autora, que opera como puntapié inicial de este proceso, surge de una ponencia presentada en el simposio “Estrategias y metodologías de la investigación” del VIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina en 1985. Comenta Nacuzzi (1990) que en el artículo, la Etnohistoria quedó delineada como un aporte al estudio de la historia indígena, a través de su relación con la Arqueología y con la Historia.

El texto en cuestión parte de defender la legitimidad del ejercicio de tal práctica por los antropólogos y antropólogas —en forma no excluyente— en tanto se considera que la lectura de fuentes escritas por europeos sobre pueblos originarios precisaba de un entrenamiento en problemáticas de la Etnografía. Por añadidura, el interés de la autora se basaba también en la posibilidad de la Etnohistoria de proponer explicaciones para los registros arqueológicos tardíos e hipótesis y analogías para los más tempranos (Nacuzzi, 1990, p. 161-162).

Nacuzzi (1990) presenta a la Etnohistoria como una “metodología apropiada para el estudio de la realidad americana desde la Conquista” (p. 164), pero advierte la escasez de las fuentes disponibles para la Patagonia continental argentina, que provenían casi exclusivamente de relatos de misioneros y viajeros. Ello estaba en estrecha relación con las características de los pueblos del área —cazadores-recolectores no sedentarios— y con la imposibilidad de los conquistadores de aprovechar su fuerza de trabajo en la forma en que lo hicieron en el área andina.

Junto a las fuentes documentales y los relatos orales, el uso del registro arqueológico se entendía indispensable porque aportaba a la empresa de la historia indígena una profundización temporal mayor. En este marco, debía dejarse de lado la falsa dicotomía entre Historia y Antropología y pensar que solo había diferentes tácticas de investigación para ejercer la práctica historiográfica. La Etnohistoria sería una de ellas, junto con la Arqueología y la Etnografía (Nacuzzi, 1990, p. 173). Esto es claramente una recuperación de las tres tácticas investigativas propuestas por Murra (cfr. Castro, Aldunate e Hidalgo, 2000).

Cerraremos la revisión de los artículos con el de Solís (1990), que introduce la temática del espacio fronterizo como geografía relacional entre Chile, Cuyo y Buenos Aires, y un tiempo histórico más reciente, la segunda mitad del siglo XVIII. Este texto puede ser vinculado al anterior de Palermo (1986), pues se centra en la formación de relaciones de dependencia a través del comercio entre la sociedad española-criolla y la indígena de la Araucanía chilena y la Pampa-Patagonia argentinas. Se plantea durante este período la coexistencia de relaciones comerciales vinculadas a espacios cercanos y malones a espacios lejanos de frontera. La elección entre intercambios violentos o comerciales aparece entonces como calculada, como una estrategia implementada por los pobladores originarios conforme a mantener relaciones pacíficas con la sociedad hispano-criolla circundante (Solís, 1990). Se sostiene que las relaciones fronterizas actuaron como vehículo de conquista, ya que los nuevos hábitos de consumo y las relaciones políticas disolvieron antiguas formas societales llevando a la aparición de un nuevo estilo de vida marcado por la dependencia con la sociedad dominante constituyendo, por lo tanto, el comercio un instrumento de pacificación y sometimiento.

Al repasar los artículos generados por la Sección de Etnohistoria, tomando en cuenta además los diferentes profesionales ligados a la misma, queda clara la vinculación (en mayor o menor grado) a la Nueva Etnohistoria. Encontramos allí el impulso a la investigación de archivo en busca de nuevas y novedosas fuentes documentales (*e.g.* estadísticas), la revisión bajo “mirada antropológica” de fuentes editadas o conocidas, la creación de un ámbito de investigación (el periférico Tucumán colonial), el diálogo con los modelos teóricos en boga (*e.g.* el “control vertical de un máximo de pisos ecológicos” de Murra), el interés por el trabajo interdisciplinario, ya sea de un solo profesional mixturando diferentes abordajes o a través de la formación de equipos interdisciplinarios, y el estudio de las relaciones entre diferentes agrupaciones

sociales (indígenas-criollos-españoles), entre otras características claramente identificables.

Como vimos, en las páginas de *Runa* se implementó una sección de Etnohistoria y otra de documentos, participaron referentes internacionales (cfr. Wachtel, 1985), se publicaron artículos de investigación (cfr. Lorandi, 1984a; Del Río y Presta, 1984; Tarragó, 1984; Palermo, 1986; Lorandi y Bunster, 1987-1988; Lorandi y Boixadós, 1987-1988; Solís, 1990), se dieron a conocer obras destacadas de la corriente (cfr. Lorandi, 1987-1988) y se propusieron discusiones teórico-metodológicas de importancia (Cardoso de Oliveira, 1984; Nacuzzi, 1990). Creemos justo aseverar que la alineación entre las características de la Nueva Etnohistoria y la producción de la Sección de Etnohistoria —en particular la referida al Noroeste argentino— fue una expresión particular de la inserción internacional y consolidación local de la Etnohistoria de la UBA que se produjo con la llegada de Lorandi a nuestra universidad.

### Entre comités y editoriales: Lorandi en la dirección de *Runa*

El desarrollo de *Runa* no solo evidencia los cambios de enfoque y su diversificación sino también la profesionalización, el crecimiento de los antropólogos y los vínculos entre las distintas generaciones. Si en la primera editorial se habla de especialistas —y tras el surgimiento de la carrera de maestros y discípulos—, para mediados de los ochenta ya nos encontramos con investigadores formados y en formación. Justamente, es en este momento cuando las diferencias de posturas más se explicitan en las páginas de la revista. No en vano la primera editorial de Lorandi lleva como título “Advertencia”.

Si bien los años anteriores no están ausentes de tensiones, las referencias que aparecen en las páginas de *Runa* mantienen un tono sosegado. Así, cuando Imbelloni menciona casi al pasar que, si bien con la salida de *Runa* se interrumpen las publicaciones del museo Etnográfico, esto no implica “un desconocimiento de los meritorios trabajos allí publicados” (1948, p. 6). Solo quienes estén familiarizados con la Antropología de aquellos años podrán vincular esas líneas al reemplazo de la corriente evolucionista por la histórico-cultural. Considérense también estas palabras de Bórmida, en tono de acusación velada: “La revista ha llegado a su XI volumen, superando inercias y personalismos y, además, todos los cambios que sufriera la vida académica durante los últimos veinte años” (1968, p. 5). Al comparar estos ejemplos con frases de los editoriales de Lorandi el contraste se torna evidente:

Tenemos que aprender a aceptar que se expresen en *Runa* tanto los modelos y enfoques teóricos tradicionales como aquellos de avanzada; en suma, mostrar todas las tendencias actualmente imperantes. Debemos, entonces, desechar los cantos de sirena que proponen actitudes maniqueístas y rechazos a determinadas teorías o escuelas, cualquiera sea su origen. Los jóvenes y los no tan jóvenes ejercen, a veces, sin saberlo, el *terrorismo intelectual* [...] hay falsas antinomias entre los que sostienen que una escuela es necesariamente mejor que la otra. Todas serán bien recibidas en *Runa*. La sola condición es la seriedad de los trabajos (Lorandi, 1985, p. 9, énfasis agregado).

Las palabras de la cita impactan aún más si se considera que no fueron solo letra escrita, sino que formaron parte del discurso de presentación del lanzamiento de *Runa* en 1984 que Lorandi realizó frente a los colegas del instituto y del Departamento de Ciencias Antropológicas. El mensaje de Lorandi parece

9. El grado de éxito en esta tarea parece depender del ojo del espectador. Interrogados sobre este periodo hay quienes dirán que fueron deliberadamente excluidos, mientras que otros reafirmaron su decisión de no haber participado en *Runa* al no sentirse representados por la revista en aquellos años. Si por un lado el relanzamiento de *Runa* fue un éxito indiscutible en términos de continuidad editorial, por otro, es dudoso que la gestión de Lorandi haya logrado conquistar al cada vez mayor porcentaje de antropólogos sociales. El hecho de que en 1988 comenzaran a publicarse dentro del instituto los *Cuadernos de Antropología Social* nos da un indicio de disconformidad. En las reuniones para la preparación de este *dossier* no hubo acuerdo sobre si los antropólogos sociales no publicaban en *Runa* por considerarla ajena o contraria a sus intereses o si era porque aún no había antropólogos sociales con la formación y capacidad para producir artículos (véase el artículo de Balbi (2022) en este *dossier*). Evidentemente, existían en la facultad antropólogos sociales con el deseo de publicar, de lo contrario sería difícil de explicar el lanzamiento de la revista *Cuadernos de Antropología Social*. Pero otra cuestión son los criterios de evaluación de cada revista; se abonaría la segunda hipótesis si en aquel momento los criterios de esta última hubieran sido más laxos. Consideramos que no hay que descartar una interpretación que articule las dos lecturas: desinterés por una revista considerada como conservadora y ausencia (en los primeros años) de antropólogos sociales en condiciones de publicar en *Runa*.

dirigido a todos los miembros del colectivo plural y heterogéneo que conformaba el ICA por aquellos años, sin cargar tintas sobre unos más que sobre otros. Tal como manifestó en diversas entrevistas (Ramos y Chiappe, 2016), se veía a sí misma en el rol de amalgamar, tras el retorno democrático, no sólo corrientes yuxtapuestas académicas sino, y sobre todo, posicionamientos políticos contrarios.<sup>9</sup> En el camino, además, debía hacerle un lugar a la Etnohistoria. La calidad académica se convirtió entonces en un paraguas con el que se podía cubrir los objetivos entrelazados de articular la pluralidad del ICA y encontrar un lugar propio dentro de esa pluralidad.

La referencia a la calidad académica no era un tema nuevo en los editoriales de *Runa*, de hecho, aparece en varias oportunidades asociada a la siempre presente preocupación por la continuidad de la revista. El cumplimiento de ciertos estándares académicos era visto como fundamental para garantizar el objetivo de continuidad. En los primeros tiempos esto se expresaba en términos de prestigio y de su equiparación con revistas de otras partes del mundo. Luego, la calidad quedó asociada al sistema de referato, la creación de comités nacionales e internacionales y la presencia en las páginas de la revista de autores extranjeros. En este punto se expresa uno de los principales aportes de Lorandi a la revista.

Desde el primer número bajo su dirección, *Runa* contó con dos comités, uno conformado por investigadores del instituto y otro por especialistas de otros países. El primero de ellos, el comité de redacción, estuvo integrado por Carlos Aschero, Marta Blache, Carlos Herrán, Esther Hermitte, Pedro Krapovickas, Luis Orquera, Marta Ottonello, Alejandra Siffredi y Enrique Tandeter. Los nombres de esta lista dan cuenta del intento de Lorandi por reconocer las distintas líneas de trabajo que convivían, no sin conflicto, al interior del ICA. Pero además, la incorporación de Tandeter marca su voluntad de diálogo con los historiadores. Del comité consultivo internacional participaron los arqueólogos Jorge Arellano López, Heather Lechtman (Estados Unidos), Lautaro Núñez Atencio (Chile) y Jorge Marcos (Bolivia); los antropólogos Roberto Cardoso de Oliveira (Brasil), Néstor García Canclini (argentino radicado en México), John Murra (Estados Unidos), Frank Salomon (Estados Unidos), Elías Mujica (Perú), Blanca Muratorio (Ecuador) y Scott Whiteford (Estados Unidos); y los historiadores Jorge Hidalgo (Chile) y Nathan Wachtel (Francia). Más allá de esta distinción entre arqueólogos, antropólogos e historiadores, lo cierto es que se trataba de un comité conformado casi completamente por investigadores del área andina, muchos de los cuales se definieron a sí mismos como etnohistoriadores.

Esta característica del comité internacional habilita una lectura doble. Por un lado, podemos verla como parte de la estrategia de Lorandi por hacer un lugar a la Etnohistoria. Por otro, podemos interpretarla como una manifestación de los vínculos académicos a los que podía recurrir y activar. Gracias a que se ha conservado en la colección Franklin Pease, contamos con una de las cartas que Lorandi despachó a sus contactos internacionales para convocarlos a formar parte de *Runa*.

Como parte de la invitación, Lorandi afirmaba: "Nuestro país está haciendo un gran esfuerzo para recuperar su democracia, y con ella el nivel científico líder que alguna vez tuvo" (Lorandi, 1984a, carta a Pease). Es de interés notar cómo también en la editorial al primer número publicado bajo su dirección, Lorandi (1984a) vincula la conformación de los comités y las garantías académicas que esto ofrecería con la nueva etapa política del país:

En esta nueva etapa, un Comité de Redacción comparte con la Dirección la responsabilidad de mantener el nivel científico de los trabajos dados a conocer sobre sus páginas. Y, por primera vez en la historia de las revistas antropológicas del país, un Comité Consultivo Internacional, integrado por especialistas de gran prestigio, colabora con la selección del material. *Runa* ofrece, por estos medios, las garantías académicas que la comunidad exige a las publicaciones científicas. Es propicia la ocasión, entonces, para hacer público mi agradecimiento por el apoyo recibido de los colegas nacionales y extranjeros. *Apoyo que además confirma la confianza compartida en el futuro del país* (p. 9, énfasis agregado).

Examinamos el archivo institucional de la Sección de Etnohistoria con la esperanza de encontrar algún documento similar al conservado en la colección de Franklin Pease. Estando el mismo en pleno proceso de catalogación no es sencillo anticipar qué puede aparecer en un conjunto heteróclito en el que se cruzan viejos listados de publicaciones, informes de proyectos y despachos administrativos. Hasta el momento solo dimos con una breve nota del decano de la Facultad de Filosofía y Letras felicitando a Lorandi por la publicación del número de 1987-1988, que salió al año siguiente:

Señora Directora:

Tengo el agrado de dirigirme a ud. y, por su digno intermedio, a los miembros del Comité Editorial, Consultor Externo y Secretarios de Runa, para expresarles la muy especial satisfacción por el Volumen XVII-XVIII (1987-1988) de esa prestigiosa revista, que testimonia la tarea continua del Instituto de Ciencias Antropológicas de nuestra Facultad (Rodríguez Bustamante, 1989).

¿Por qué el decano envía esta nota en 1989? El relanzamiento de 1984 parece una mejor ocasión, aunque quizás también exista una nota para ese año, sólo que no hemos dado con el documento. El hecho de que la publicación saliera en el año 1989, pero correspondiera a años anteriores, nos llevó a pensar que *Runa* podría haber estado nuevamente en riesgo de ser discontinuada y que lo que Rodríguez Bustamante celebraba era que Lorandi lo hubiera evitado. Tras examinar los números anteriores y posteriores quedó claro que en todos los casos la impresión se realizó al año siguiente del que figura en la tapa. No era esa la respuesta, pero esa exploración nos condujo a una posible explicación de la nota. Luego del discurrir de la revista por distintas imprentas, el volumen XVII-XVIII es el primero que se publicó en los talleres de la Facultad de Filosofía y Letras, quizás esto motivó la nota.<sup>10</sup>

Lorandi cierra su gestión en *Runa* dejando las bases sentadas para un cambio en la política editorial del instituto. Por un lado, es parte de la reconfiguración del vínculo del ICA con el museo Etnográfico a través de la codirección de la revista y, por otro, precisa las incumbencias de *Runa* en relación con las emergentes publicaciones propias de las secciones.

La tercera editorial que escribe fue la del último número bajo su dirección, (1989-1990) junto a Pérez Gollán quien, en tanto director del museo, es desde ese momento codirector de la revista.<sup>11</sup> La “nota editorial” se organiza en cuatro tiempos: el presente inmediato con la novedad de la codirección, el pasado fundacional de Imbelloni, la renovación de la revista en 1984 y los lineamientos que se sientan para el futuro de las publicaciones del ICA. Se establece así que *Runa* deberá buscar “el cruce entre las diferentes especificidades y las diversas perspectivas teóricas y metodológicas” (Lorandi y Pérez Gollán, 1989-1990, p.8) y esto solo es posible de lograr “mediante la publicación de volúmenes que tengan como eje ordenador una problemática específica;

10. Este cambio de imprenta puede explicar, en parte, el cambio de diseño de la portada de *Runa* en medio de la gestión editorial de Lorandi. Para un recorrido por las distintas portadas de la revista ver Guber (2022), en este dossier.

11. Para una descripción más detallada del rol de Pérez Gollán como director de la revista y del museo ver en este dossier Nastroi et al. (2022)

en consecuencia, los próximos números de *Runa* serán, preponderantemente, de carácter temático” (p. 8). La contracara de esta política editorial era que, para “dar respuesta a la investigación de los acotados campos disciplinarios” se editarían cuadernos de trabajo (p. 8).

A juzgar por las publicaciones de los años siguientes podemos afirmar que, en gran parte, estos lineamientos se sostuvieron. El volumen XX estuvo dedicado a reproducir los trabajos presentados en el Simposio de Historia de la Antropología en la Argentina, celebrado en el marco del *III Congreso Argentino de Antropología Social*. En el siguiente, la Sección Etnología y Etnografía compiló textos sobre aspectos teóricos y metodológicos del trabajo etnográfico, mientras que el volumen XXII reunió artículos en torno a dos grandes temas: “Ferias y museos” y “Temas australes”. Luego sobrevino un hiato de siete años en las publicaciones y el regreso de *Runa* fue ya sin codirección y sin números temáticos.

Con respecto a la propuesta de crear cuadernos de trabajo, en 1988 se habían iniciado por los *Cuadernos de Antropología Social* y, para 1991, se editó el primer número de *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*. Ese mismo año se comenzó a publicar también *Arqueología*. Todas estas revistas continúan publicándose; las dos primeras responden a las secciones de Antropología Social y de Etnohistoria (respectivamente) y la tercera al Instituto de Arqueología.

Luego del alejamiento de Lorandi de la dirección de *Runa* las publicaciones etnohistóricas empezaron a tener salida a través de *Memoria Americana*, órgano de difusión de la Sección Etnohistoria. Este nuevo proyecto editorial tenía por objetivo inicial “concentrar las investigaciones etnohistóricas referidas al Cono Sur de América con el fin de reformular su imagen tradicional, en lo concerniente a los procesos que dieron lugar a la construcción de las nuevas sociedades que emergieron a lo largo de los siglos” (Lorandi, 1991, p. s/n); una Nueva Etnohistoria que aportase una mirada renovada sobre los procesos histórico sociales, en los cuales actuaron tanto los pueblos originarios como las sociedades dominantes, empezaba a tener un vehículo específico de divulgación en la Universidad de Buenos Aires.

### **A modo de cierre: La gestión editorial de Lorandi y una nueva etapa de *Runa***

La gestión editorial de Lorandi en *Runa* estuvo atravesada por varios elementos significativos. En la década en cuestión, Argentina transitó profundos cambios políticos que impactaron en las prácticas académicas. Tras el retorno de la democracia, la gestión debió contemplar el crecimiento de la cantidad de antropólogos y antropólogas, así como también de los conflictos intergeneracionales e ideológicos. Asimismo, se vio atravesada por las renovaciones del campo disciplinar, impulsadas en gran medida por los factores antes mencionados. La gestión de Lorandi se vio involucrada en estas discusiones y su resolución parcial y particular se plasmó en lo que hemos denominado como una nueva etapa de la revista y del ICA.

Comprender el período de *Runa* en el que Lorandi fue directora requiere considerar simultánea y articuladamente la coyuntura de reorganización del instituto y la consolidación regional del campo etnohistórico. Este contexto obligó a Lorandi a llevar una agenda doble, aunque no antinómica. Se trataba

de impulsar la Antropología en la UBA y, al mismo tiempo, darle un lugar a la Etnohistoria en ella.

Al relanzar la revista y con el objetivo de afianzar el prestigio académico de la revista, Lorandi conformó un comité editorial y otro de consultores externos. El primero procuró, a través de sus integrantes, representar a las distintas líneas de investigación del instituto. El segundo reflejó la red de pertenencia de Lorandi: la comunidad de andinistas.<sup>12</sup> Es imposible minimizar el hecho de que, al mismo tiempo que Lorandi se hacía cargo del ICA, su reorientación profesional — desde la Historia a la Arqueología y a la Etnohistoria — la impulsaba a generar acciones concretas tendientes a ganarse un lugar en la Antropología de la Universidad de Buenos Aires. Entre estas deben contarse la publicación de artículos, la creación de la Sección de Etnohistoria, su equipo de becarios, tesistas, investigadores y personal administrativo, la cátedra Sistemas Socioculturales de América II, los proyectos de investigación en la UBA y en CONICET, la organización del *Primer Congreso Internacional de Etnohistoria* en 1989 y la consolidación junto a su equipo del Tucumán colonial — primero — y de Pampa-Patagonia, luego, como espacios de investigación.

12. Un desarrollo sobre la conformación de esta comunidad puede encontrarse en Ramos (2015).

Piénsese que, a diferencia de lo que ocurrió con buena parte de los directores anteriores y posteriores, en el caso de Lorandi la dirección del instituto y de la revista no coincidió con una posición hegemónica en la Antropología de la facultad. Posiblemente es por ello que las tensiones y diferencias se expresaron de manera más explícita en las páginas *Runa* por aquellos años. En este contexto, la estrategia de Lorandi puede ser interpretada como un posicionamiento que enfatizaba su lugar descentrado para articular desde allí las diferencias, entre las que se encuentra su propia diferencia, la Etnohistoria.

Como vimos, Lorandi estuvo alrededor de cinco años a cargo de *Runa*, en coincidencia con su gestión del ICA. Este período no demasiado extenso y alejado tres décadas del presente dejó, sin embargo, algunas huellas perdurables. En lo que respecta al instituto, la reorganización llevada a cabo sigue vigente.<sup>13</sup> Actualmente las secciones del ICA conforman — como imaginó Lorandi (cfr. Ramos y Chiappe, 2016) — el motor desde el cual se impulsan los proyectos de investigación y docencia hasta hoy. En el caso de la revista, el comité editor sigue representando las diferentes áreas del ICA. Si bien la revista ya no puede pensarse como el órgano de difusión de las investigaciones del instituto — en consonancia con los lineamientos generales de publicación que incentivan a publicar por fuera de la institución de pertenencia —, se busca garantizar que las secciones del ICA se vean representadas en términos temáticos y de enfoque.

13. Con la excepción del espacio de Arqueología, que dejó de ser sección para convertirse en instituto.

Este artículo no tendrá, sin embargo, un final de tono apologético que busque contar hazañas y delinear tradiciones en las que nos hallamos incluidos. Como antropólogos interesados en las prácticas de producción y circulación del conocimiento científico creemos que la etapa de *Runa* identificada en la gestión de Lorandi debe ser ponderada como una entre todas las que, atravesadas por diferentes coyunturas político-académicas e historias de vida, fueron dando forma a la revista de la cual hoy conmemoramos sus setenta años de existencia.

*Runa*, como cualquier proyecto institucional sostenido a través de los años por numerosas personas, no puede ser reducida a una voluntad en particular ni tampoco es la suma de todas las voluntades. Curiosa y elusiva aseveración que, sin embargo, creemos válida tanto para este caso en particular como para el resto de las empresas humanas.

### *Financiamiento*

“Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899”. Este trabajo cuenta con apoyo de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y la Universidad de Buenos Aires, Proyecto PICT N° 01540, 2019-2021, “El Colegio invisible en un campo de investigación interdisciplinar: un estudio de la participación local en la red trasnacional de estudios andinos (1950- 1989)”.

### *Agradecimientos*

Agradecemos a los colegas de la Sección Ethnohistoria por los intercambios cotidianos que, de distintas maneras, han contribuido a nuestras investigaciones. A Julia Name, compañera del Instituto de Ciencias Antropológicas, con quien compartimos el proceso de sistematización de los índices de *Runa*. A las compiladoras y a los autores y autoras de este *dossier*, por los encuentros previos y la circulación de los manuscritos que nos han permitido sumar información y enriquecer nuestras interpretaciones.

### *Biografía*

Alejandra Ramos es doctora en Antropología por la Universidad de Buenos Aires, docente esta Universidad e investigadora de CONICET. Estudia las transformaciones conceptuales, metodológicas e institucionales en el campo de la etnohistoria. Su investigación más reciente se enfoca en las formas de sociabilidad académica.

Carlos María Chiappe es doctor en Antropología por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como Director del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de la Universidad Católica del Norte (Chile). Investiga las prácticas de producción y circulación del conocimiento científico en el campo de los estudios andinos y también el desarrollo de la arriería en el norte de Chile entre los siglos XVIII y XX.

## Referencias bibliográficas

- » Alcina Franch, J. (1967). Etnohistoria del Norte de Méjico: Un proyecto en marcha. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 10(1-2), 98-122.
- » Alvarado, A., E. Soto y Ortega-Loubon, C. (2012). Historia de la revista Médico Científica, “32 años de fundación”. *Revista Médico Científica*, 25(2), 6-21.
- » Ballesteros-Gaibrois, M. (1954). La crónica de Murúa y la crítica del Inkario. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 6, 97-117.
- » Berenguer Carisomo, A. (1981) Prólogo. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 13(1-2), s/p.
- » Bórmida, M. (1951) Algunas luces sobre la penumbrosa isla de Pascua antes de 1722. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 4(1-2), 4-62.
- » Bórmida, M. (1968). Unas palabras. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 11(1-2), 5-6.
- » Cardoso de Oliveira, R. (1984). Tiempo y tradición: Interpretando la Antropología. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 14, 11-22.
- » Carluci, M. (1957). Algunos datos históricos sobre los chanes septentrionales. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 8(1), 80-92.
- » Castro, V., Aldunte, C. e Hidalgo, J. (Eds.) (2000). *Nispa ninchis/decimos diciendo: Conversaciones con John Murra*. Lima: IEP/IAR.
- » Cerletti, L. (2017). Antropología y educación en Argentina: De condiciones de posibilidad, preocupaciones en común y nuevas apuestas. *Horizontes Antropológicos*, 49, 123-148.
- » Chiappe, C. (2018). *Entre las luchas pasadas y las presentes. Antecedentes, surgimiento y desarrollo de la etnohistoria andina chilena* [Tesis de Doctorado en Antropología no publicada]. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- » Del Río, M. y Presta, A. (1984). Un estudio etnohistórico en los corregimientos de Tomina y Yamparaes: Casos de multietnicidad. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 14, 221-246.
- » Dosne Pasqualini, C. (2012). Editorial. Historia de nuestra revista, Medicina (Buenos Aires). *Medicina (Buenos Aires)*, 72(1): 81-87.
- » Dosne Pasqualini, C. y B.A. Kotsias (2000). Pasado y presente de Medicina (Buenos Aires). *Medicina (Buenos Aires)*, 60(1): 1-7.
- » Guber, R. (2000-2001). “Antropología social”: Una categoría nativa de la diáspora antropológica Argentina. *Anuario Antropológico*, 2000-2001: 169-189.
- » Guber, R. (2022). *Runa. Una biografía (bastante) autorizada. Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 45-74.
- » Hammerly Dupuy, D. (1952). Los pueblos canoeros de Fuegopatagonia y los límites del hábitat alakaluf. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 5(1-2) 134-170.
- » Harris, O., Larson, B. y Tandeter, E. (Comps.) (1987). *La participación indígena en los mercados surandinos*. La Paz: Ceres.
- » Herrán, C. (2002). RUNA: Medio siglo. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 23(1), 7-8.

- » Imbelloni, J. (1940). *El "Génesis" de los pueblos protohistóricos de America*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Coni.
- » Imbelloni, J. (1946). *El Inkario crítico*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Humanior.
- » Imbelloni, J. (1948). Cuatro palabras. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 1(1-2): 5-7.
- » Imbelloni, J. (1951). Las "tabletas parlantes" de Pascua, monumentos de un sistema gráfico indo-oceánico. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 4, 89-177.
- » Kligmann, D. y Spengler, G. (2016) Análisis histórico de una publicación científica especializada: Pasado, presente y futuro de la revista *Arqueología* a 25 años de su creación. *Arqueología*, 22(1): 15-60.
- » Lorandi, A. (1984a, 6 de septiembre). [Carta a Franklin Pease] Colección Franklin Pease G. Y. para la Historia Andina del Perú.
- » Lorandi, A. (1984b). Pleito de Juan Ochoa de Zárate por la posesión de los indios ocloyas. ¿Un caso de verticalidad étnica o un relicto de archipiélago estatal? *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 4, 123-142.
- » Lorandi, A. (1985). Palabras de presentación de Runa XIV. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 15, 9-10.
- » Lorandi, A. (1987-1988). [Reseña del libro *La participación de los indígenas en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*, por O. Harris, B. Larson y E. Tandeter]. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 17-18, 421-424
- » Lorandi, A. (1991). Prólogo. *Memoria Americana*, 1, s/n.
- » Lorandi, A. y Bunster, C. (1987-988). Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial. Los valles calchaquíes. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 17-18, 221-262.
- » Lorandi, A. y Boixadós, R. (1987-1988). Etnohistoria de los Valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 17-18, 263-419.
- » Lorandi, A. y Del Río, M. (1992). *La Etnohistoria, etnogénesis y transformaciones sociales andinas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- » Lorandi, A. y Pérez Gollán, J. (1989-1990). Nota Editorial. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 19, 7-9.
- » Moreno Yáñez, S. y Salomon, F. (Comps.) (1991). *Reproducción y transformación de las sociedades andinas, siglos XVI-XX*. Quito: Abya-Yala.
- » Nacuzzi, L. (1990). El aporte de la Etnohistoria al estudio de la Arqueología de Patagonia. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 19, 161-175.
- » Nastri, J., Cantarelli, V., Gandini, S., García, A. (2022). La Arqueología a través de *Runa* y viceversa (1948-2019). *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 307-333.
- » Palermo, M. (1986). Reflexiones sobre el llamado "complejo ecuestre" en la Argentina. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 16, 157-178.
- » Palavecino, E. (1959). Algunas notas sobre la transculturación del indio chaqueño. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 9(1-2), 379-389.
- » Ramos, A. (2016). *El desarrollo de la Etnohistoria andina como campo interdisciplinar: Interacciones entre Historia, Arqueología y Antropología (Perú, Bolivia y Argentina, 1970-2005)* [Tesis de Doctorado en Antropología no publicada]. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

- » Ramos, A. y Chiappe, C. (2016). Ana María Lorandi y el tren de la etnohistoria. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 37(2), 97-113.
- » Ramos, A. y Chiappe, C. (2018). En la trama de la Etnohistoria americana. Tarija: La Pluma del Escribano.
- » Ramos, A. y Chiappe, C. (2020). El concepto de estrategia y la Nueva Etnohistoria. *Estudios atacameños*, 65, 125-141.
- » Ratier, H. y Ringuet, R. (1996). La Antropología Social en la Argentina: Un producto de la democracia. *Horizontes Antropológicos*, 3(7), 10-23.
- » Rodríguez Bustamente, N. (1989) Nota del Decano [21 de diciembre] Archivador 3, papeles varios. Documentación sin clasificar, archivo institucional de la Sección Etnohistoria.
- » Rodríguez Molas, R. (1986). Mitayos, ingenios y propietarios en Potosí, 1633 (“Repartimiento de indios de 1633”). *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 16, 179-192.
- » Schobinger, J. (1959). Conquistadores, misioneros y exploradores en el Neuquén. Antecedentes para el conocimiento etnográfico del Noroeste patagónico. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 9(1-2), 107-123.
- » Solís, L. (1990). Comercio, trabajo y contacto fronterizo en Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750-1800. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 9, 177-221.
- » Stern, S. (1990). *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los andes, siglos XVIII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- » Tarragó, M. (1984). El contrato hispano-indígena: La provincia de Chicoana. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 14, 143-185.
- » Torres, S., Gesteira, M. y Hirsch, M. (2011). Entrevista a Ana María Lorandi. Ciclo Encuentros. *Publicar*, 9(11), 151-165.
- » Wachtel, N. (1985). La cuadratura de los dioses. Ritos y trabajos entre los chipayas. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 15, 11-42.
- » Zanolli, A.; Ramos, A. y Chiappe, C. (2016). Itinerarios académicos de Ana María Lorandi. En R. Boixadós y C. Bunster (Eds.), *Disciplinas sin fronteras. Homenaje a Ana María Lorandi* (pp. 183-216). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- » Zanolli, C., Ramos, A., Estruch, D. y Costilla, J. (2010). *Historia, representaciones y prácticas de la Etnohistoria en la Universidad de Aires. Una aproximación antropológica a un campo de confluencia disciplinar*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Antropofagia.

